



LA CASA GRANDE

Josefa Montilla

Docente Educación Básica
Integrante MUJERES A.C.

El gran portón se abre majestuoso, dando paso al viejo zaguán que me conduce hasta la sala. Allí se encuentran inamovibles las fotos de mis antepasados, en sus marcos corroídos por la polilla. Al lado el cuarto principal, poblado de muebles, recuerdos encerrados en baúles y maletas, diplomas, e imágenes de santos desgastadas en su altar y en el centro, la ventana con postigos que permite la vista hacia la calle. Luego el corredor donde se ven las huellas del tiempo en un piso con baches y desniveles. A un lado las antiguas habitaciones se conservan iguales. El patio central ahora cubierto de maleza la cual no permite ver las caminerías de lo que fue el jardín. Por supuesto hecho de menos los dos pinos que adornaban en su centro, uno erguido y el otro caprichosamente torcido que tanto sirvió de cómplice en mis juegos de niña. En medio de ellos mi padre colocó una viga y me hizo un columpio, en él pasaba horas enteras meciendo mis sueños e ilusiones infantiles.

Algunos espacios han cambiado, donde estaban la antigua cocina y el comedor, hoy lo ocupa una habitación con su propio baño. Siguiendo por el pasillo hasta el final está la nueva cocina, amplia con su estufa y dos ventanas que permiten ver la montaña. Mi casa, la casa grande, la casa de mis padres; donde tuve la dicha de nacer, la que con su calor me recibió y me salvó del frío de los hospitales, de ser solo un número más en las estadísticas. Comenzando la madrugada de un sábado y atendida mamá por su comadre, vi por primera vez los rostros de mis seres queridos y a la vez vi y amé mi casa.

Los recuerdos se vienen a mi mente uno tras otro. Sus paredes me hablan, en ellas escribí, dibujé, las usaba como hojas blancas en las cuales plasmaba mis cuentos de niña. Sus pasillos me dicen que extrañan el sentir las ruedas de mi primera bicicleta. Atrás el solar, ese gran espacio verde era para mí una tierra de fantasía, donde cualquier cosa podía suceder, las ramitas pequeñas y las flores silvestres se transformaban en comida de amigos imaginarios. El techo con sus enormes vigas evocan cuántas veces una cabuya me llevaba por el aire, jugando con mis hermanos.

El estar hoy de nuevo aquí, después de tantos años, me permitió abrir el baúl de mis recuerdos. Así en la soledad de la casa encontré mi niñez grabada y tatuada en todas partes. Cada rincón trajo su anécdota, en mi casa, en la casa grande.

Foto de la autora en su niñez,
en la Casa Grande.